

## El escupitajo

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Lo sputo*  
En cubierta: fotografía © Kristina Fatina / Unsplash  
Diseño gráfico: Gloria Gauger  
© Sellerio Editore, Palermo, 2022  
Publicado por acuerdo especial con Ella Sher Literary Agency  
© De la traducción, Natalia Zarco  
© Ediciones Siruela, S. A., 2023  
c/ Almagro 25, ppal. dcha.  
28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20  
[www.siruela.com](http://www.siruela.com)  
ISBN: 978-84-19553-09-6  
Depósito legal: M-4.186-2023  
Impreso en Gráficas Dehon  
*Printed and made in Spain*

Papel 100% procedente de bosques gestionados  
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Marzia Sabella

## EL ESCUPITAJO

Traducción del italiano  
de Natalia Zarco

 Siruela

Nuevos Tiempos

## Índice

I Veintiún años y cinco meses menos tres días	11
II Relativamente	25
III No le tengo miedo a nada, nada, nada	37
IV Esto es lo que pienso: la mafia da asco	53
V Naturalmente	67
VI Sangre de mis venas	81
VII No se mata a un niño	93
VIII Quítate la gorra	107
IX No le basta con lo que digan las madres	123
X Pero yo he tenido el coraje	135
Apéndice	
<i>La viuda de la pistola</i>	145
Nota	149

*A la abogada*

# I

## Veintiún años y cinco meses menos tres días

(10 de septiembre de 2004, 11:00 horas)

La saliva le cayó en la combinación negra de acrílico y le mojó las carnes lechosas. Pese a haberlo lanzado con furia, el escupitajo no llegó a alcanzar la pantalla de la televisión encendida. Si no hubiera tenido ochenta y cuatro años y si su salud no se hubiera agotado al final de su juventud, se habría levantado para cambiar de canal. Había conseguido, y solo Dios sabe con cuánto esfuerzo, ir al baño. Los pañales gratuitos del servicio social no le parecían una comodidad: en definitiva, seguía siendo mearse encima. Pero al volver del váter, situado engorrosamente al final del pasillo, casi en la salida, una arritmia le había dado sensación de ahogo. Tuvo que sentarse en la savonarola, junto a la cómoda, a cinco metros de la cama de matrimonio; cinco metros que, con los latidos del corazón en desbandada, le parecían una verdadera trocha cuesta arriba.

El mando a distancia se había quedado encima de la mesita, entre las pastillas para la tensión y el diurético. Allí estaba, grasiento y burlón por las cuotas sin pagar, mientras la tele, al volumen de un oído senil, transmitía aquel programa que le revolvió las tripas. Solo un corte de electricidad habría podido apagar la pantalla que entreveía desde su asiento. Pero era un día de sol, sin rayos ni nubarrones amenazantes listos para fulminar algún poste de la luz.

Un terremoto, quizá. Aunque fuera una pequeña sacudida como la de dos años atrás, precisamente en esos mismos días de septiembre, que hiciera aullar las alarmas antirrobo de los coches de la calle Olivuzza y cortase el suministro eléctrico durante varias horas. Sin embargo, el juego de café de la vitrina y los colgantes de la lámpara parecían petrificados.

Una rubia con el pelo corto y un traje rayado se afanaba presentando a los invitados con rostros difuminados y nombres falsos. Por razones de seguridad, explicaba con un aire de orgullo, como si se sintiera parte del Cuerpo Nacional de Policía. La voz distorsionada y metálica de la señora María empezó a hablar de su decisión de testificar contra la mafia, de su amor por la verdad y la justicia, del futuro mejor para sus hijos, y del Estado, sí, exactamente del Estado, que la había dejado en secreto en un tugurio de un pueblo, sin agua caliente y con las cañerías rugiendo. Pero no se echaría atrás, no, jamás. Lo volvería a hacer porque la dignidad, y lo dijo con tono solemne, es capaz de vencer la fuerza de los mafiosos y la inercia del Gobierno.

¡Putá! Buu, buu, le gritó la vieja mientras un hilillo de baba salía de su boca deshidratada. Yo sola estuve, nada me dieron y nada pedí, ni un duro ni una rosca. Puh, puh, exclamó de nuevo, limitándose a emitir el ruido para evitar otro salivazo en la ropa.

La psicóloga, con las piernas cruzadas y una estilográfica en la mano para dirigir la tertulia, habló del efecto catártico de la decisión de testificar y después analizó su

importancia social y política. Todo esto, precisó, no puede quedarse sin la respuesta empática de las instituciones; no puede subsistir sin la promoción también empática de la cultura de la legalidad; no puede aplicarse sin que todos nos pasemos la mano por la conciencia y nos sintamos, empáticamente, una parte del todo. Efectivamente, el todo, porque nosotros somos el todo. Nosotros y también ustedes en casa, concluyó satisfecha.

Una mierda, respondió la vieja tratando de escupir otra vez, pero como la saliva no salía, se ayudó con un corte de manga dirigido a la televisión, tan fuerte que se dejó el antebrazo enrojecido.

Tenía que tragarse aquel circo de buitres que sometían las historias de los desgraciados a las inflexiones de los aplausos y de las pausas publicitarias. No había manera de olvidar y olvidarse de uno mismo con los programas donde se cocina o se baila para propiciar sosiego a los perezosos.

Ella también había sido testigo judicial, quizá incluso algo más, probablemente algo menos. Ni siquiera existían leyes entonces, pues no sabían ni imaginar que se podía acusar a los señores de la mafia. Tampoco querían celebrar juicios y con unas migajas de pan los sacaban de la isla por el estrecho para que se perdieran entre las calles desoladas y el humo tóxico de las locomotoras que al norte no llegaban nunca. La falta de pruebas era la botella de Alchermes contra los gusanos del miedo<sup>1</sup>, la cámara de descompresión

<sup>1</sup> Conocido como el elixir de Alchermes, o licor de los Medicis. Se usaba desde el siglo XV como delicioso licor e ingrediente en varias recetas. En Sicilia se llamaba Archemisi, y se utilizaba como dice la

de los pactos, la eutanasia de la justicia que parecía triunfar mientras asfixiaba. Ni siquiera querían contar a los muertos. Uno más o menos, qué más da, al final se disparan entre ellos, decían para ocultar el tablero de ajedrez donde se desafiaba a la suerte con los cadáveres y las leyes naturales se fundían con las del honor. Ni siquiera existía la mafia en los años sesenta, porque los políticos no podían llamarla por su nombre. «Pero yo he tenido el coraje», soltó, repitiendo la frase que había dicho en un programa televisivo mucho tiempo atrás.

Mirando a su alrededor para valorar lo lejos que estaba el mando a distancia en relación con sus energías, vio que, en la cómoda, los dos marcos plateados reposaban en posición supina. Quizá los había tirado ella al ir al baño aguantándose las ganas de orinar. Eran las fotografías de Stefano y Totuccio, su marido y su hijo, asesinados a manos de la mafia en poco menos de veinticuatro meses. Al verlos volcados, privados de la luz de la bombilla de bajo consumo, se sobresaltó. Había pasado su vida honrándolos y veinticinco años de exilio para hacerles compañía, y le dolía en el corazón habérselos encontrado de cara al mármol, sufriendo inermes la cháchara hueca de los que no tienen ni idea. No era solo por el eterno vínculo que une las almas amadas estén donde estén. El recuerdo en la oración, la nostalgia que aprieta el pecho y la lágrima caliente que

expresión popular: *contro i vermi da spavento*, contra los gusanos del miedo, es decir, cuando un niño se llevaba un susto grande los abuelos corrían a darle una o dos cucharadas del licor como remedio. (*Todas las notas son de la traductora.*)

cae inesperada no podían compensar la prematura ausencia de los dos difuntos. Su muerte violenta fue la razón de un empeño, encendido y devoto, grabado en ella, la única superviviente, como en una roca.

La imagen de la Madre Santísima de la Catena, en el portarretratos de cuerno ahumado, había resistido el ataque de los brazos torpes. La mirada suave y celeste, acunada entre ramos de flores de plástico, le susurró que se concentrara en la súplica para escapar de las provocaciones del diablo. Y se puso a rezar en voz alta — Ave, oh, María, santa madre misericordiosa, vamos, abogada nuestra en las alturas, vamos, bendita tú eres — hasta sobreponerse al volumen de la televisión.

Entre los invitados había un periodista con un chaleco lleno de tachuelas y unas gafas gruesas que hacían más profundas sus palabras. Era el autor de un libro sobre un testigo judicial abandonado por su familia y por el Ministerio del Interior. A los peces gordos, afirmó, perdonadme la expresión, les importa un carajo y se ocupan solo de sus poltronas, por no decir, perdonadme otra vez, que solo piensan en su propio culo. *Gente de nadie*, se titulaba la obra, y la portada, enfocada en primer plano, mostraba una silla vacía, vuelta de espaldas. Escribir este texto ha sido doloroso. Es la historia de un abandono, de la incuria del Estado hacia aquellos que son sus mejores hijos, dijo con una voz tan solemne que el chaleco parecía una armadura. Es la crónica de un calvario, añadió después de una pausa de silencio hasta que concluyó que sí, sí, pobre Italia, po-

bres nosotros, que estamos solos ante un abuso de poder. Y lógicamente estallaron los aplausos.

El librucho ese métetelo donde tú ya sabes, le gritó la vieja con un suspiro que debido al arrebatado de odio en la fase de espiración se convirtió en un eructo.

Quién sabe si para compensar la acritud de la telespectadora, la rubia, guiñándole un ojo al cámara, se prodigó en elogios al libro, invitando a comprarlo y a leerlo amén de a apresurarse porque estaba de oferta solo unos días. Después del último *zoom* de la silla vuelta, se trasladó a otra parte del plató para la publicidad de los colchones. La calidad del descanso es cosa seria, subrayó con una sonrisa persuasiva antes de pasar a la batería de cocina, en promoción solo hoy para las primeras veintiséis mil llamadas. La vieja tuvo tiempo de asomarse a la ventana del aseo. El sol palermitano del 10 de septiembre de 2004 secaba la ropa del edificio de enfrente, orlado de bragas de colores y de sujetadores floreados. No tienen dignidad las mujeres de hoy, se dijo. La fantasía de los tejidos confunde, basta un rayo de luz para que un color destaque y no se sabe nunca de qué palo van, como las palabras de los discursos engañosos donde decir equivale a callar. Ella había sido una mujer de negro, de un solo color. El negro del luto por la muerte de su marido y de su hijo; el negro de la pistola, junto a la persiana, con el disparo en el cañón; el negro del desengaño, de las risas hostiles aún sin castigo. El blanco quedaba para las sábanas de la dote y para la última mano de Titanlux que se dio en la cocina ennegrecida por la forzada oscuridad del apartamento.